

El monopolio de la televisión

LA correspondiente ponencia de las Cortes ha dictaminado el proyecto de ley para el Estatuto de Radiodifusión. Tal como ha quedado hasta ahora, el artículo primero dice: «La radiodifusión y la televisión son servicios públicos esenciales cuya titularidad corresponde al Estado». En el artículo 2 se añade: «El Gobierno podrá conceder a las comunidades autónomas, previa autorización por ley de las Cortes Generales, la gestión directa de un canal de televisión de titularidad estatal que se cree específicamente para el ámbito territorial de cada comunidad». Tal como en su día anunció con explicable satisfacción una relevante diputada comunista, el derecho constitucional a comunicar o recibir libremente información veraz por cualquier medio de difusión ha quedado desdeñosamente pulverizado. La posibilidad, perfectamente razonable, lícita y legítima, de que la iniciativa privada pueda crear emisoras de televisión ha quedado, por lo visto, excluida. Exactamente igual a como ocurre en todos los Estados dictatoriales y policíacos que en el mundo existen.

En nuestra edición del día 26 de agosto publicamos un documentado y riguroso informe sobre los varios sistemas que en el mundo occidental se aplican en la materia, como consecuencia del progresivo deterioro que se ha ido produciendo en la tesis de que la televisión era un medio demasiado importante para dejarlo en manos de la empresa privada. La experiencia ha demostrado que con mucho más motivo, se puede decir lo mismo no sólo del Estado sino de los gobiernos que, irremediadamente, llevarían a sus molinos el agua televisiva. Que los diputados partidarios de la socialización de todo lo socializable no se hayan querido enterar de lo que se hace en los países democráticos nos parece consecuente con sus aspiraciones. Pero que no se hayan enterado tampoco los que defienden los principios contrarios no hay manera de entenderlo. Es, en efecto, inadmisiblemente que pretendamos ahora inventar toda una legislación restrictiva cuando en el mundo culto se impone cada vez más el funcionamiento de las emisoras libres. El propio señor Mitterrand, de cuyas credenciales socialistas no debe dudarse, ha sido protagonista de unas sonadas actividades en defensa de las radios no estatales. Lo mismo cabe aplicar a la televisión.

Podríamos acumular argumentos para concluir que —a las muestras nos remitimos— no hay precedentes de que una televisión estatal no sea torpe, deficiente, sectaria y carísima. Esperemos, aunque con escepticismo, que, por una vez, nuestro Parlamento no practique la autarquía de la cocina política porque los ciudadanos hemos de ser quienes nos comamos sus guisos. Un último y humilde consejo: mítese lo bueno de los demás y destiérrese lo malo.

La central de Valdecaballeros

TRAS las presiones ejercidas por el encierro de alcaldes extremeños en la sede del Ayuntamiento de Villanueva de la Serena, y la reunión habida entre el ministro de Industria y Energía, señor Bustelo, y representantes de la Junta de Extremadura, la resolución de la dirección general de la Energía por la que se autorizaba la construcción de la central nuclear de Valdecaballeros ha entrado en una nueva fase: se suspende la ejecutoriedad de la autorización hasta que la citada Junta extremeña se pronuncie con un informe cuyo plazo de presentación expira el 15 de octubre.

La suspensión provisional dictada por el señor Bustelo puede que sirva para apaciguar los enardecidos ánimos de los alcaldes extremeños y, probablemente menos, los del hospitalario regidor de Villanueva de la Serena, señor Vargas, quien se ha hecho una democracia soberana a su propia medida diciendo de los representantes de la Junta de Extremadura que dialogaron con el ministro de Industria y Energía que «ellos saben que los únicos representantes válidos que tienen hoy el pueblo extremeño somos los alcaldes que hemos permanecido aquí». Confundidos y perplejos nos ha dejado el señor Vargas.

Por otra parte ¿qué sentido tiene el aplazar el carácter ejecutivo de la resolución de referencia a la espera de la respuesta que otorgue la Junta de Extremadura? Si tan necesaria era tal respuesta, ¿por qué no se hizo antes esta consulta? ¿Qué se pretende ahora? ¿Qué decisión adoptaría el ministerio de Industria y Energía si la mencionada Jun-

Investigación de los ricos

La ciencia y su consecuencia

HUBO un tiempo —no muy remoto, por cierto— en que, todavía, un catedrático español de provincias, con la ayuda de un microscopio más o menos precario, ganaba el Premio Nobel por sus trabajos sobre histología. El caso ya no se puede repetir. Salvo excepciones muy singulares, cualquier tipo de «investigación científica», hoy día, necesita unos recursos materiales amplísimos, sin los cuales toda tentativa, por genial que sea en su concepción, está condenada al fracaso: a quedarse en mera tentativa, como mínimo. Sólo los «países ricos» —o los «poderosos», si vale el matiz diferencial— pueden permitirse la ventaja de una ciencia ágil y penetrante, con el correlato eficaz de una tecnología de infinitas posibilidades, o casi. Es lo que ocurre en el área «occidental», y sospecho que también en la «oriental». Del Tercer Mundo quizá ni siquiera vale la pena hablar, incluidas sus zonas multibillonarias del petróleo. No todo es una cuestión de dinero, desde luego: el Corán, sin ir más lejos, tuvo y tiene mucho que ver en el asunto. Pero lo importante es que la «investigación», cada día más, para ir avanzando, exige unos dispositivos tremendamente caros en sus cátedras, en sus laboratorios, en sus múltiples espacios de experimentación, y eso determina los datos del problema.

Aquella profecía de que los países ricos serán en el futuro más ricos aún y los países pobres más pobres aún, no parece que vaya a ser desmentida ni por las tribulaciones energéticas de que tanto se habla, y que han de afectar más a los ricos que a los pobres. La tecnología, y su insigne mamá la ciencia —pongamos la mayúscula: la Ciencia—, descansan sobre unos precedentes colonialistas, que ya no son lo que fueron. Sin embargo, conservan muchas probabilidades de superar ese fallo —las ex colonias discolas— y mantendrán su preeminencia. Por lo demás, el derrumbamiento del tinglado de las «grandes potencias», si se produce, repercutirá en los demás, en los «pobres», que se alimentan de sus migajas, de las migajas del «banquete» de los ricos. Si la tecnología de los «ricos» se detiene, y su industria y su comercio se encogen, las muchedumbres afligidas del Tercer Mundo se verán todavía más afligidas. Padecerán más hambre, más epidemias, más superpoblación: más miseria. Todo va ligado. En la práctica, perderá más el «rico» cuando ya no podrá serlo,

porque el «pobre» nunca acabó de salir de su pobreza. Con todo, y en una hipótesis apocalíptica, nadie saldrá ganando. Esa es la carta escondida que tienen los ricos para volver a imponerse a los pobres: para meterles en cintura.

Y eso no es todo, ni lo peor. En una conferencia internacional de científicos celebrada en Viena hace poco, el tema dio pie a comentarios ligeramente tristes. Algo parecido a los míos. El agravante comenzaba en el balle de cifras, de porcentajes, de millones de dólares, que las estadísticas conocidas ponían ante los ojos del ciudadano observador. Porque resulta que la mayor parte de las inversiones y las subvenciones que los «países ricos» dedican a la investigación científica va a parar a la tecnología castrense y a las intenciones de dominar el cielo —no el de los devotos: el navegable—, más los alarmantes secretos del átomo. Unos datos relativos a la década de los 60 informan que el 63 por ciento de los céntimos que USA aplicó a la ciencia y sus derivados tenía una aplicación militar, espacial o nuclear: la cantidad restante se dirigía a renovar los mecanismos de la economía —de la «otra industria», se entiende— y a las bondades de lo que suele llamarse «bienestar social». Para el «bienestar social» sólo un 10 por ciento. No sé en qué partida habrá que imaginar que ponen, por ejemplo, la investigación sobre el cáncer, sobre las carencias de la contaminación, sobre las carencias alimenticias, sobre todo lo demás. No importa. Los números serán mediocres.

Por supuesto, los números no reflejan literalmente la realidad, tal como nos los presentan. Los resultados de la ciencia y la tecnología, en sus variantes estratégicas, pueden repercutir favorablemente en sectores «civiles». No sé. De cualquier modo, la preferencia por los planes armamentistas, directa o indirectamente, es obvia. No cabe duda que pasa lo mismo en la URSS. Ignoro si la URSS puede ser calificada de «país rico»; es, en todo caso, una «gran potencia». Hay que suponer, en efecto, que, más o menos, el reparto de su «investigación científica» es paralelo a su rival yanqui. La «edificación del socialismo», en la URSS y fuera de la URSS, queda tan condicionada a exigencias extrañas al «bienestar social», e incluso a la «economía», como la

supervivencia del «capitalismo» en los Estados Unidos y sus satélites. La conclusión es que el vecindario subalterno de un lado y otro, en definitiva, sólo se beneficia de la ciencia y la tecnología, en sus trámites diarios, muy modestamente. ¿Recuerdan ustedes aquella consigna, de años atrás, que decía: «¡Átomos para la paz!»? Pues ni siquiera eso: las inevitables —porque inevitables son— «centrales nucleares» sólo han creado pánico, aprensión, hostilidad. De ahí a desconfiar de la ciencia, de los científicos y de su labor, sólo hay un paso. Y desconfiar de la ciencia, en términos generales, sería volver a las cavernas.

El lío no lo aclara nadie. Vivimos, podemos subsistir, gracias a la ciencia y a su tecnología. Usted toma el metro o ingiere una aspirina, sube en el ascensor o pone en marcha su coche, come un bocadillo o entra en un quirófano, y todo eso implica, como premisa, un montón de combinaciones científico-industriales tremenda. Y no olvidemos que cada avance tecnológico supone, en seguida, una eliminación de mano de obra: paro. La máquina sustituye al hombre, lo elimina del proceso de «producción», y el hecho no tiene remedio. Cuando en 1779, unos artesanos del textil capitaneados por Ned Lud, en Inglaterra, destruyeron los primeros telares mecánicos, iniciaban una batalla de antemano perdida. Los actos «ludditas» se han repetido. Anteayer mismo, un líder sindical andaluz, de Lebrija, exclamaba: «¡Si hay que quemar las máquinas, las quemamos!» Es igual: Lud y el de Lebrija no tienen nada que hacer. La «máquina» —la tecnología— se impondrá: se ha de imponer, sea capitalista o socialista la «sociedad» correspondiente. Los «ludditas» se aferran a su arcaica condición de jornaleros o de menestrales: se han de «proletizar», les guste o no, y hasta en el mismo campo. La tecnología, en sus adelantos, siempre produce «paro». La palanca y la rueda, en épocas prehistóricas, ya lo hicieron. Descargar al hombre de un trabajo físico, función de la máquina, implica que unas gentes se queden desocupadas. Hoy, eso, es un drama. Pero ¿cómo volver atrás? La exclusión de la máquina encajearía aún más cualquier cosa: el pan, el tejido, la vivienda, la farmacia, la juerga...

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

COSAS DE LA RENFE

Señor Director:
Paso a relatarle lo acaecido el pasado 14 de agosto del año en curso en la estación de trenes de Port Bou (Gerona). Llegué a la citada estación procedente de Barcelona sobre la una y media; al desear una información sobre horario de trenes me dirigí a la ventanilla de «Información», donde había una señorita. Al hacerle la pregunta que me interesaba, me hizo saber, mediante señas, que no me entendía, pues por lo visto esta señorita era extranjera. Desde luego que no repetí la pregunta en otro idioma, ya que me parece absurdo y fuera de toda lógica que en una estación de provincia catalana y se tenga que hablar en otro idioma que no sea el catalán o castellano.

Creo que todo el mundo tiene derecho a un puesto de trabajo, pero al menos creo que se debería exigir unas nociones de castellano y más en una oficina de información al público.

Alicia SANZ

¿QUIEN ES CERVANTES?

Señor Director:
Cuando hace algún tiempo el Ayuntamiento de una localidad vasca decidió cambiar el nombre de una calle dedicada a don Miguel de Cervantes, pensé que podía tratarse de un caso raro, aislado y poco significativo. Leo ahora que el consistorio de un pueblo catalán ha tomado igual acuerdo, lo cual me abre los ojos a una realidad.

ta extremeña dictaminase en contra de la central de Valdecaballeros? Las preguntas se agolpan en un mar de incertidumbres y de enojosas perplejidades.

No, no nos agrada este juego porque con él se está poniendo en entredicho no sólo la autoridad soberana del Congreso y del Senado en virtud de la cual fue aprobado el PEN, sino la propia autoridad del Gobierno en la que se apoyan legalmente las decisiones de todos sus órganos ejecutivos. Aplazar el cumplimiento de una resolución administrativa no es, ni mucho menos, resolver el problema planteado por ella. ¿No hubiera sido mucho más satisfactorio el dictar otras resoluciones con las que pudieran compensarse los supuestos perjuicios que invocan los alcaldes impugnadores de la central nuclear? Este, creemos, es el único camino. Decir no a la central de Valdecaballeros es aceptar el compromiso para seguir diciendo no a las restantes centrales nucleares que hay que construir si España no quiere regresar a los tiempos del candil.

Si según la Constitución el poder emana del pueblo, y es de suponer que también el saber, pues poder sin saber sería anarquía, el hecho de que dos emanaciones del pueblo, que no otra cosa son las corporaciones referidas, han decidido suprimir a Cervantes de su callejero, quiere esto decir sencillamente que don Miguel no sabía «ni llegar, ni escribir».

Agradezco a este puñado de ediles que hayan desmitificado a tan mediocre escritor, por otra parte casi desconocido, de relevancia puramente local y sin proyección alguna fuera de los límites de su lugar de nacimiento.

Juan BASEGODA NONELL

LA «VOLTA», EN BARCELONA

Señor Director:
La «Volta» ciclista a Catalunya, competición deportiva cuya categoría no pongo en duda, desarrolló ayer la etapa Vendrell-La Barceloneta. Ignoro las molestias que esta competición pudiera causar en el itinerario de dicha etapa antes de llegar a Barcelona. No obstante, fui testigo de los grandes atascos de circulación que causó en las Ramblas, en la Vía Layetana y en el paseo de Colón hacia el mediodía. Durante largo rato estuvo interrumpido el tránsito en dichas arterias urbanas, lo que significó una grave despilfarro de carburantes y una innecesaria pérdida de tiempo en zonas vitales donde la circulación es, sobre todo, expresión del trabajo, expresión que tiene mayor relieve en el paseo de Colón por donde, ya se sabe, circulan numerosos camiones con carga portuaria.

¿A qué ingenioso organizador de la «Volta» se le ocurrió tan desmelena-da iniciativa de llevar la etapa ciclista hasta la Barceloneta y por qué el Ayuntamiento de Barcelona —que tuvo que contribuir con numerosos guardias urbanos para el buen orden ciclista del itinerario por el interior de la ciudad— accedió a una petición que bien podría suponerse iba a causar muchos más trastornos que beneficios? ¿No hubiera sido mejor finalizar la etapa en Montjuich, ámbito en el que se hubiera reunido la gente que deseaba ver a los ciclistas de la «Volta», que no en la Barceloneta?

Una parte importante de la vida ciudadana no debe quedar colapsada por una manifestación deportiva que, por muy veterana y popular que sea, tiene en

Montjuich el lugar adecuado como final de etapa. Imagínese usted, señor Director, el tiempo que se tardó después en que la circulación lograra su habitual normalidad. Le aseguro que la «Volta» tuvo ayer en la ciudad muchos más detractores que admiradores. Es una pena.

L. F. R.

LA HOSPITALIDAD BULGARA

Señor Director:
Aprovecho su estimado periódico para advertir a posibles viajeros con destino a Bulgaria para pasar sus vacaciones, sobre la hospitalidad que pueden recibir en dicho país.

En mi persona he tenido que aguantar malos modales de camareros, recepcionistas, guías, azafatas de la Balkam, dependientes de comercios turísticos (en los que sólo se puede pagar en dólares, teniendo que uno que tragar las levas búlgaras anteriormente cambiadas en el hotel) y otras lindezas como pérdidas de maletas en el hotel, exigencias extremas de propinas de camareros y personal de los servicios de W.C., extremadísimo control fronterizo, mala gastronomía y un largo etcétera que omito por no hacer ésta más extensa.

Si Bulgaria desea dólares del capitalismo occidental, tendrá que tratar a su naciente turismo con más delicadeza y respeto, ya que no creo que el socialismo o el comunismo esté reñido con las más elementales normas de educación, ya que todo visitante de un país, sea cual sea su ideología política, tiene derecho a ser tratado con un mínimo de educación.

Resumiendo, no se dejen engañar por las falsas promociones de publicidad turística sobre este país; al partido sólo le interesan nuestras divisas, de nuestro, para ellos, corrompido mundo capitalista.

R. R. M.

LOS TRANSPORTES MUNICIPALES Y LOS ANCIANOS

Señor Director:
Está muy bien la idea de reservar asientos para los ancianos, minusválidos, mujeres embarazadas o con niños, pero no estaría de más llamar la atención de los cobradores que cierran con tanta prisa la puerta al subir los pasajeros, ya que no todos tenemos la agilidad de los veinte años.

Mercedes FERRAN

PARA EVITAR LA DESERTIZACION DE ESPAÑA

Señor Director:
Año tras año, y de forma progresiva, España va quedando sin bosques gracias a la labor criminal de gentes pagadas

para sumirnos en la ruina. Asistimos impotentes a la destrucción de nuestros bosques, sin que a nadie se le ocurra una solución y evitar que a la vuelta de pocos años España sea un inmenso erial, inhóspito e inhabitable.

Mucha honra perteneció al Frente de Juventudes, que entre sus muchas actividades contribuyó a repoblar de árboles las laderas del Tibidabo. Recuerdo que muchos domingos, cientos de muchachos con picos y palas al hombro dedicábamos nuestro tiempo libre a plantar árboles, colaborando de forma eficaz en la defensa del medio ambiente: la conservación de la naturaleza.

Hoy en día todo eso ha desaparecido y, aunque todos protestan, nadie hace nada. Si queremos que verdaderamente África no pierda en los Pirineos tenemos que dejarnos de manifestaciones que no conducen a nada y poner remedio a la situación.

A los señores ecologistas, tan amantes de todo tipo de protestas, que, repito, no conducen a nada, les brindo una idea. Que monten un servicio voluntario de repoblación forestal y en donde cada domingo tengan utilización los amantes de la naturaleza. El Ayuntamiento o la Generalitat les proveería de los medios materiales para llevar a cabo su labor y estoy seguro que en poco tiempo volverían a reverdecer nuestros bosques calcinados. Hechos son amores, y no buenas razones.

También brindo la idea a los partidos políticos, tan amantes ellos de congregarse a sus juventudes para cualquier cosa, sería interesante constatar cuántos se apuntarían a una labor poco grata. ¡Ah, y sin cobrar!

Aparte de ello, brindo la idea a quien proceda para utilizar a todos los gamberros y gente de mal vivir en dicha tarea. Claro que a estos obligados, pues, opino que toda esa gente les da más miedo el trabajo que vivir a costa del contribuyente en un reformatorio. Creo que valdría la pena probar y estoy convencido que Barcelona lo agradecería y las generaciones futuras no nos maldecirán por haber consentido que, entre unos y otros, nos dejen a España lo más parecido a un desierto.

José A. MATEO DUARTE

UNA MADRE Y UNA HIJA AGRADECIDAS AL AYUNTAMIENTO

Señor Director:
Mi hija y yo estuvimos enfermas y recibimos la asistencia del Hospital a Domicilio del Ayuntamiento de Barcelona, del que quedamos muy agradecidas, y admiramos la labor tan humana y abnegada de este equipo tan maravilloso de enfermeras y doctores.

No queremos ofender a nadie, pero sí decir que es de lo mejor que tiene Barcelona.

Adela HUERTA